

*La generación
de Carlos Montemayor
Hermann Bellinghausen*

La Jornada
SEMAMANAL

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA
DOMINGO 23 DE FEBRERO DE 2025
NÚMERO 1564

*Cuauhtémoc y sus antecesores:
a 500 años de su asesinato
Miguel Ángel Adame Cerón*

GUERRA EN EL PARAÍSO: LA GRAN NOVELA DE LA GUERRILLA

*(a 15 años del fallecimiento
de Carlos Montemayor)*

Marco Antonio Campos



Portada: Collage de Rosario Mateo Calderón.
Con fotos de Rogelio Cuellar y AGN, Archivos
fotográficos, Hermanos Mayo.

GUERRA EN EL PARAÍSO: LA GRAN NOVELA DE LA GUERRILLA

La llamada *guerra sucia* en México, que tuvo lugar particularmente en las décadas de los años setenta y ochenta del siglo pasado, tenía como propósito el aplastamiento de cualquier disidencia en contra del régimen autoritario y corrompido hasta la raíz que, para ese entonces, sumaba más de medio siglo gobernando. Uno de los movimientos revolucionarios más destacados en esa época fue el dirigido por el profesor rural Lucio Cabañas, asesinado a manos del Estado represor. Escrita por el narrador, poeta, traductor y activista social Carlos Montemayor (Parral, Chihuahua, 1947-Ciudad de México, 2010), la novela *Guerra en el Paraíso* es, sin lugar a dudas, el registro y denuncia más relevantes que la literatura ha dado acerca de un capítulo especialmente oscuro y vergonzoso de nuestra historia reciente. A quince años de su fallecimiento, honramos la memoria de Montemayor con sendos ensayos sobre la generación a la cual perteneció el autor, y sobre su novela capital.

DIRECTORA GENERAL: Carmen Lira Saade

DIRECTOR: Luis Tovar

EDICIÓN: Francisco Torres Córdova

COORDINADOR DE ARTE Y DISEÑO:

Francisco García Noriega

FORMACIÓN Y MATERIALES DE VERSIÓN DIGITAL:

Rosario Mateo Calderón

LABORATORIO DE FOTO: Adrián García Báez, Israel Benítez Delgadillo, Jesús Díaz y Ricardo Flores

PUBLICIDAD: Eva Vargas

5688 7591, 5688 7913 y 5688 8195.

CORREO ELECTRÓNICO: jsemanal@jornada.com.mx

PÁGINA WEB: <http://semanal.jornada.com.mx/>

TELÉFONO: 5591830300.

La Jornada Semanal, suplemento semanal del periódico La Jornada. Editor responsable: Luis Antonio Tovar Soria. Reserva al uso exclusivo del título La Jornada Semanal núm. 04-2008-121817375200-107, del 18/XII/2008, otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 03568 del 28/XI/23 y de contenido 03868 del 28/XI/23, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Editado por Demos, Desarrollo de Medios, SA de CV; Av. Cuauhtémoc 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, CP 03310, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, tel. 55-9183-0300. Impreso por Imprenta de Medios, SA de CV, Av. Cuauhtémoc 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, CP 02670, Ciudad de México, tels. 555355-6702 y 55-5355-7794. Distribuido por Distribuidora y Comercializadora de Medios, SA de CV, Av. Cuauhtémoc 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, CP 02670, Ciudad de México, tels. 55-5541-7701 y 55-5541-7702. Prohibida la reproducción parcial o total del contenido de esta publicación por cualquier medio, sin permiso expreso de los editores. La redacción no responde por originales no solicitados ni sostiene correspondencia al respecto. Toda colaboración es responsabilidad de su autor. Títulos y subtítulos de la redacción.

CUAUHTÉMOC Y SUS ANTECESORES: A 500 AÑOS DE SU ASESINATO

La resistencia de los pueblos originarios ante el avance de las huestes españolas hace quinientos años fue férrea y decidida, en muchos aspectos asombrosa, inteligente y heroica, por lo que es digna de ser recordada, sobre todo en el contexto actual del neocolonialismo prevaleciente. Este artículo repasa los hechos memorables de la oposición indígena y sus líderes, entre ellos Cuauhtémoc.

I EN LA FASTUOSA expedición que organizó Hernando Cortés rumbo a las Hibueras (Honduras, octubre de 1524) para atrapar y castigar a Cristóbal de Olid, que se le había insubordinado en alianza con el gobernador Diego Velázquez, su enemigo político, además de ir a buscar oro en las provincias del sur maya; por temor a un levantamiento indígena en el valle de México y para tratar de asegurarse buenos recibimientos de los pueblos mesoamericanos en el trayecto de Tenochtitlan a Coatzacoalcos y de Coatzacoalcos a través de los territorios mayas, Cortés decidió llevar con él en calidad de presos y servidores a los gobernantes y señores principales sobrevivientes del Anáhuac, junto con un grupo armado de alrededor de 3 mil mexicas, además de sus huestes de aliados indígenas y españoles (soldados, sirvientes, bufones y por lo menos tres frailes: los franciscanos Juan de Tecto y Juan de Ayora y el mercedario Juan Varillas).

En la madrugada de un martes de carnaval, 28 de febrero de 1525, fueron asesinados de manera artera por órdenes y decisión premeditada y alevosa del invasor español Hernando Cortés, el último tlahtoani mexica de Tenochtitlan y Tlatelolco: Cuauhtémoc; el último tlahtoani tecpaneca de Tlacopan: Tettlepanquetzal; y el último



▲ *Moctezuma II*. Retrato atribuido a Antonio Rodríguez. Siglo XVII, Tesoro de los Grandes Duques, Florencia.

tlahtoani legítimo texcocano Coanacoch; fue en Itzam Kanak (zona arqueológica "El Tigre"), capital de la provincia de Acallan Hueymollan, en la cuenca del hoy llamado río Candelaria, en el actual Estado de Campeche; específicamente, como lo corrobora el campechano Álvaro López Zapata, salieron de Tuxcahá de noche y al siguiente día partieron hacia Taxahá, y fue aquí donde los ahorcaron, decapitaron y colgaron de una ceiba (iximché) o pochote entre las 2 y las 4 de la mañana. La coartada para estos magnicidios que se hicieron sin un verdadero juicio (o probanzas, como dijo Bernal Díaz del Castillo) estuvo dada por las siguientes tres motivaciones autoritarias princi-

Miguel Ángel Adame Cerón

pales: a) Cortés tenía previsto ya asesinarlos por ser peligrosos y porque evaluó que ya no le eran tan útiles, además calculó que podía de alguna manera sustituirlos con señores principales más sumisos o lambiscones; b) les tenía tirria y envidia porque siempre sintió y corroboró que tenían legítima autoridad y prestigio ante sus pueblos del Anáhuac y también ante los pueblos de las provincias mayas por donde pasaron; c) supo y fue testigo que entre estos tlahtoque había solidaridad y entendimiento, ya que siempre actuaron como aliados reconociendo a Cuauhtémoczin como el tlahtoani principal: huey tlahtoani.

En efecto, desde que los españoles de Cortés llegaron a Mesoamérica y luego se internaron en tierras del Anáhuac, Cuauhtémoczin estuvo del lado de la facción de los dirigentes mexicas encabezada por Cuitláhuac, que se opuso en las sesiones del Consejo del Tlahtocan a recibirlos pacíficamente. Cuando los españoles secuestraron y luego mataron a Moctezuma Xocoyotzin, a Cacamatzin de Texcoco y a Izquahtzin de Tlatelolco, el valeroso Cuitláhuac encabezó la expulsión y la persecución de las tropas españolas y sus aliados tlaxcaltecas de la ciudad de Tenochtitlan. En esa acción de la ahora llamada noche victoriosa, Cuauhtémoczin fue el capitán que demostró más arrojo, inteligencia y determinación en la lucha contra los conquistadores externos e internos. A la muerte del huey tlahtoani de Tenochtitlan, Cuitláhuac, el tlahtocan lo eligió como su sucesor debido a su pertenencia tlazopipiltin (linaje gobernante) y a esas decisivas demostraciones en el enfrentamiento con los enemigos. En efecto, Cuauhtémoc las siguió desplegando en la férrea defensa de sus ciudades y de sus pueblos, en todos los preparativos y en crear las condiciones de mayor unidad de altepeme que quisieran luchar contra los invasores extranjeros y sus aliados. Y no se diga en la resistencia heroica al sitio de noventa días que vivieron las ciudades de Tenochtitlán y Tlatelolco. Allí Cuauhtémoc y los tlahtoque aliados, así como los tlacochealcatl y tlacattec atl (capitanes), los guerreros, sacerdotes (por ejemplo el custodio del bulto de Huitzilopochtli) y las mujeres tenochcas y tlatelolcas lucharon denodadamente, dieron feroces e inteligentes batallas ofensivas y defensivas y resistieron el cerco (junto a toda la población que, como pudo –piedras palos, instrumentos, tambores, gritos, etcétera–, heroica y dramáticamente participó) hasta sus últimas consecuencias ante las ventajosas avalanchas enemigas y en medio de epidemias, escasez de agua y hambruna generalizada.

Cabe mencionar a dos hijos de Moctezuma: Chimalpopoca y Tlacahuepatzin, que se batieron hasta su muerte; a los capitanes y guerreros mexicas Tzilacatzin, Temoctzin, Tzoyectzin, Hecatzin (tlapaneco otomí), Axoquentzin (jefe cuáchic), Coyohuehuetzin, Temilotzin, Topantemoctzin, Opochtzin (el que se vistió de “tecolote de quetzal”); el cihuacóatl Tlacotzin y el huitznahuatl Motelchiuh que también se batieron en la defensa de los últimos reductos de México-Tlatelolco, las heroínas mujeres tlatelolcas que con insignias de guerra se incorporaron a la batalla final lanzando dardos. También a los tlahtoque y a los altepeme, huey calpulli y calpullis que se mantuvieron fieles y apoyaron la defensa del sitio de México-Tenochtitlan y Tlatelolco: Ehecatepec, Tula, Tenayucan, Atzacapotzalco, Chiconautla, Cuahtitlan, Xaltocan, Malinalco, Matlanzincó y Tulapan, principalmente.

Cuando Cuauhtémoc estuvo preso por Cortés, en complicidad con el tesorero Juan Aldrete, aquél decidió aplicar tormento de aceite ardiente en pies y manos a Cuauhtémoc y a Tetzlepanquetzal para



▲ Cuauhtémoc y su primo, el gobernante de Tacuba, son torturados por Hernán Cortés, de Leandro Izaguirre, 1893. Museo Nacional de Arte, CDMX.



Quando los españoles secuestraron y luego mataron a Moctezuma Xocoyotzin, a Cacamatzin de Texcoco y a Izquahtzin de Tlatelolco, el valeroso Cuitláhuac encabezó la expulsión y la persecución de las tropas españolas y sus aliados tlaxcaltecas de la ciudad de Tenochtitlan.

que confesaran el lugar donde estaba el oro que los españoles habían robado y perdido en su huida en la llamada noche de la victoria (antes noche triste); el joven tlahtoani defensor de sus pueblos mostró nuevamente una resistencia indómita, al igual que Tetzlepanquetzal, a pesar de que las quemaduras llegaban hasta sus huesos.

II

ESAS DEMOSTRACIONES de lucha y defensa de Cuauhtémoc y Tetzlepanquetzal y demás personajes frente a los invasores españoles y sus aliados indígenas, tienen sus antecedentes en islas y tierras del Caribe y de la Mesoamérica prehispánica, desde la llegada de Cristóbal Colón hasta el asesinato de los tres tlahtoanis en Taxahá. El siguiente es un sucinto recuento, ahora que se cumplen quinientos años de este ignominioso hecho.



EN 1593, EN la isla caribe llamada Quisqueya (“La Española”), ante los asesinatos, violaciones, captura de esclavos y cargas tributarias impuestas a los taínos arawuac, el jefe Coanabó, con el apoyo de sus tres hermanos, su mujer Anacaona y el respaldo de su tribu, se rebeló y enfrentó a los hombres de Cristóbal Colón, hasta que fue capturado; en prisión participó en una conspiración con otro jefe, Maniocatex; otro líder taíno, Guarionex, también fue detenido y torturado. Posteriormente, en 1519, se dio la rebelión encabezada por “Enriquillo” quien era hijo del cacique Maxicatex, quien instó a otros señores a la sublevación. Se enfrentó a los españoles hasta 1533, valiéndose de un plan de guerrillas en las montañas de la isla.



EN CUBA LA resistencia se expresó en alzamientos como el liderado por Hatuey, entró en contacto con las diferentes tribus y les aconsejó que se preparasen para la lucha; también les comunicó que se deshicieran de todo el oro, arrojándolo a los ríos, porque ese era el dios de los blancos. Hatuey ordenó a sus hombres que se organizaran y comenzasen a atacar a los españoles por sorpresa, valiéndose de palos, piedras y flechas. Pero los españoles, apoyándose en perros rastreadores, armas de fuego, ballestas, corazas y espadas,

VIENE DE LA PÁGINA 3/ CUAUHTÉMOC Y SUS...

paulatinamente fueron derrotando a los grupos rebeldes, hasta que logran capturar a Hatuey, quien fue condenado a la hoguera. Posteriormente, el jefe Guamá luchó contra la *colonización y las vejaciones*, entre 1522 y 1532; basado en las experiencias de *Hatuey* pudo sostenerse luchando en las montañas del oriente cubano.

◆◆◆

EN 1511 LLEGARON a territorios mayas de Ecab, en calidad de naufragos, ocho españoles que formaban parte de la tripulación del navío de Juan de Valdivia; allí tuvieron su primer encuentro con nativos que, al verlos llegar, se enfrentaron a ellos y lograron matar a cuatro, y a los otros cuatro los tomaron prisioneros, pero éstos lograron escapar a la población de Maní, donde murieron otros dos, sobreviviendo sólo dos: el clérigo Jerónimo de Aguilar y el marino Gonzalo Guerrero. Reconozcamos la postura político-existencial de Gonzalo de Guerrero, que optó por situarse de lado de la resistencia maya y combatir con fiereza a los españoles.

◆◆◆

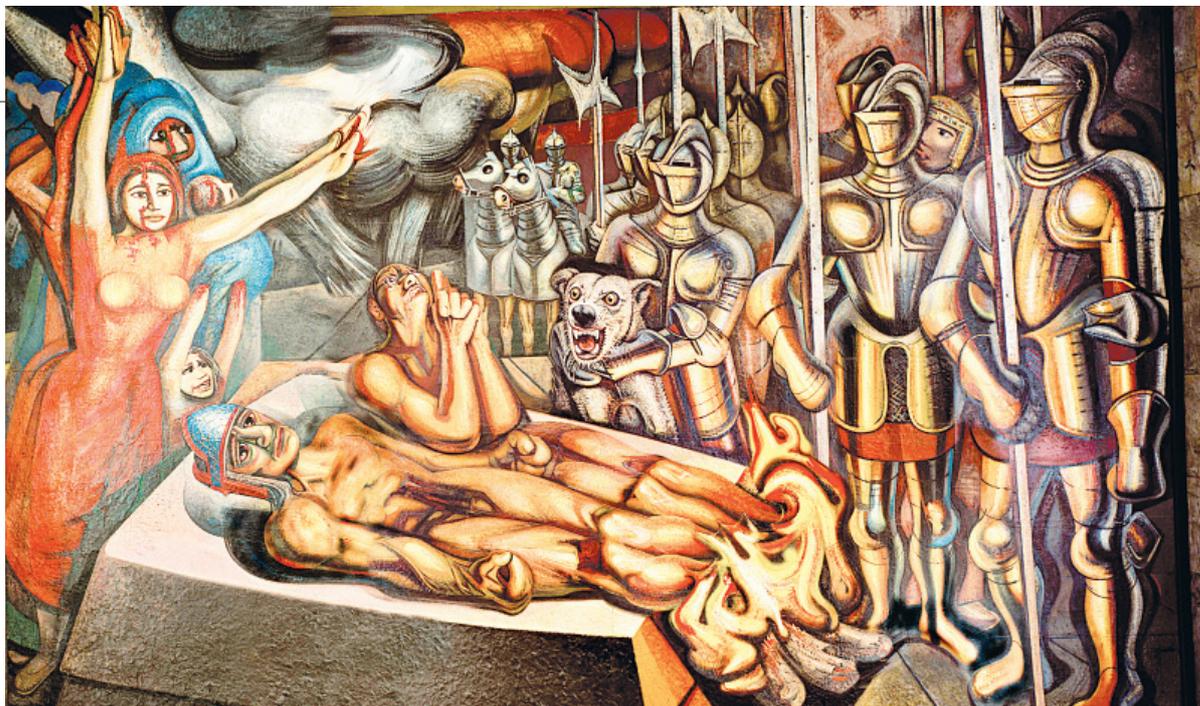
LA PRIMERA EXPEDICIÓN a territorios mesoamericanos en busca de riquezas y para capturar indios que esclavizar la realizó Francisco Hernández de Córdoba, quien con 116 hombres y tres navíos, el 5 de marzo de 1517, llegaron a Ecab Cotoch. Al desembarcar, los nativos los recibieron pero les señalaban que se retiraran y, al no hacerles caso, procedieron a tener escaramuzas con ellos. Un español inició el saqueo material y cultural: se introdujo en algunos templos para apoderarse de varios idolillos, diademas y sortijas de oro de los mayas, quienes reaccionaron enfrentándolos. Aquí los españoles lograron capturar a dos indios mayas que secuestraron y llevaron a la Habana. Allí los bautizaron como Juliancillo y Melchorejo. Éstos acompañaron luego a Cortés como intérpretes, realizando una resistencia en “torcer la lengua y las palabras de los españoles”. Posteriormente, Melchorejo huyó y se unió a la resistencia con la consigna de “¡muerte a los invasores!” Siguiendo el viaje de Córdoba hacia Chakán Putum, los españoles lanzaron artillería desde los barcos para amedrentar a los nativos yokot’tan, pero liderados por Moch Couóh les hicieron guerra, les causaron grandes bajas y, con dificultades, lograron replegarse hacia sus embarcaciones.

◆◆◆

EN 1518, JUAN de Grijalva fue capitán de una segunda expedición a tierras mesoamericanas; el 4 de mayo llegan a Tierra Lázaro, en Campeche; un sacerdote de este pueblo prendió un sahumador y les advirtió que tenían que irse antes de que se consumiera el fuego. Ante la negativa de los españoles se desarrolló un combate donde hubo bajas en ambos bandos. Finalmente reembarcaron y siguieron navegando hasta arribar a Chakán Putum, donde fueron recibidos por gran cantidad de canoas listas para la guerra, y se desencadenó un combate con los nativos que por segunda vez se batieron valientemente, pero esta vez los españoles salieron victoriosos.

◆◆◆

EN UNA TERCERA expedición, después de pasar por localidades de la península de Yucatán, la armada de Hernán Cortés arribó a la desembocadura entre el río Tabasco y el Usumacinta, el 12 de



▲ Tormento de Cuauhtémoc, 1950-1951. David Alfaro Siqueiros.

“

En una tercera expedición, después de pasar por localidades de la península de Yucatán, la armada de Hernán Cortés arribó a la desembocadura entre el río Tabasco y el Usumacinta, el 12 de marzo de 1519; se entabló combate con los nativos que se le enfrentaron, logrando ganar el poblado. Pero en la ribera había cientos de guerreros listos para defenderse; ya habían cercado con troncos su pueblo.

marzo de 1519; se entabló combate con los nativos que se le enfrentaron, logrando ganar el poblado. Pero en la ribera había cientos de guerreros listos para defenderse; ya habían cercado con troncos su pueblo. La lucha de los yokot’tan fue brava ante las armas de fuego de los invasores. En Centla regía Tabscoob; después de algunos intercambios y ante la rudeza de los cortesianos, al internarse se entabló fortísimo combate, pero los invasores ibéricos sorprendieron empleando sus armas de fuego y sus caballos, aun así los indígenas resistieron más batalla; posteriormente los centleños se retiraron hacia los montes. Se concertó la paz, pero en los meses-años posteriores los maya-chontales tuvieron constantes sublevaciones ante los constantes agravios españoles.

◆◆◆

Los invasores ibéricos fueron llevados por los campoaltecas al señorío tlaxcalteca, esperando ser recibidos en paz, dado que eran enemigos de los mexicas; sin embargo, son recibidos a principios de septiembre de 1519 en el poblado atomí-tlaxcalteca de Tecóac con hostilidad. En cuanto apareció la avanzada de Cortés, el señor de Tecóac, Tocopaxochiuh, mandó a sus guerreros a combatirlos. El ataque fue repelido a base de artillería, tiros de arcabuz y ballestas. Al poco tiempo se retiran de esta primera refriega, habiendo heridos de ambos bandos. Continuaron el avance, reapareciendo escuadrones de guerreros que fueron contraatacados; sin embargo, al fondo, organizados y listos se encontraban miles de efectivos de Tizatlán con su general al frente, llamado Xicotencatl Xocoyotzin. Se desató entonces otra batalla, tomando los tlaxcaltecas y otomíes un caballo que luego fue degollado. El contraataque español fue contundente y las tropas indígenas se replegaron.

LAS ACCIONES VALIENTES Y HEROICAS realizadas por pueblos originarios y sus líderes de Arawak, Mayab, y Anahuac hace más de quinientos años, deben ser recordadas y reconocidas como ejemplos a seguir, pues la lucha y defensa de sus comunidades, sus tradiciones, sus modos de vida, son paradigma que tiene que seguir forjando conciencia histórica, nacional y popular; son ejemplos de rebeldía, entereza y dignidad históricas frente al asedio, violencia y atrocidades de invasores y perpetradores colonialistas. Forja memoria y mantiene vigencia y actualidad en el contexto del neocolonialismo e imperialismo prevaeciente contra las naciones y pueblos de nuestra América (Abya Ayala), principalmente indígenas, afrodescendientes y clases populares ●■

Ramiro

Alejandro Montes

LA INSTRUCCIÓN DEL Miloco fue clara para Ramiro: rafaguear al licenciado del juzgado que impidió chispar de la cárcel al Jefe Atila. El Elías llevó a Ramiro ante el Miloco el día que lo invitó a subir a su BMW. Ese coche fue la paga por haber hecho bien la tareíta como la que ahora Ramiro tenía. No lo pensó y, en vez de clavarse a la preparatoria, subió al coche del Elías que, aún usado y bien corrido, el motor rugía fuerte.

El Elías y Ramiro se conocieron en una madriza contra los porros de la Vocacional. En esa ocasión, Ramiro descontó de un patadón en el rostro al porro que achicalaba al Elías en el suelo. Desde ahí, el Elías miró con buenos ojos a Ramiro pero éste no lo bajaba de pendejo que ni a la morra más fea de toda la prepa se podía ligar. Pero como traía BMW y dinero, era el güey más cotizado de todo el Bachilleres Nezahualcóyotl. Ramiro también quería llegar a la escuela en nave de lujo y traer la cartera llena de varo como el pinche Elías. “A todo lo que diga el Miloco contestas sí, ¿captaste?”, el Elías preguntó a Ramiro y éste dijo sí. Fueron a una marisquería en Polanco. Ramiro jamás había entrado a un lugar tan lujoso como ése. Pensó que, por su aspecto callejero, no lo dejarían pasar, pero el gerente los llevó servicial a la mesa del fondo. El Miloco era delgado: traía una playera del Real Madrid y una cachucha amarilla de la marca Ferrari. El Elías saludó con respeto; presentó a Ramiro (quien sudaba de los nervios), como macizo para el encontronazo. “Siéntense, carnalitos, pidan algo para almorzar. ¡Los chilaquiles con camarones y una chela bien fría están de poca madre!”, invitó el Miloco.

El Elías detalló a Ramiro la ruta del licenciado desde que salía de su casa y llegaba a los juzgados del Reclusorio Norte. Para cerciorarse, lo siguieron a discreción por un par de semanas: había que evitar falla alguna y, principalmente, el enojo del Miloco. Un día antes robaron la motocicleta de pista a un joven que se paró en el cruce de San Cosme e Insurgentes para utilizarla en la tarea. El Elías entregó una pistola 9 mm a Ramiro; repasó con él las instrucciones: “yo manejo la moto y tú vas bien al tiro atrás;



▲ Ilustración: Rosario Mateo Calderón.

lo topamos en el semáforo de Tenayuca y Cuauhtepac, ahí siempre hay desmadre por los microbuseros y los coches que van y vienen; le das con todo cuando le toque el alto; nos pelamos para Santa Cecilia; dejamos la moto y los cascos antes de la Reyes Heróles; tiras el cohete en la coladera y tu sudadera por el lote baldío; agarramos por la calle que corta del otro lado y ahí, detrás de la florería, nos arrancamos en mi nave a Querétaro, ¿entendiste?”

Llegó el momento y, por un microbusero que se les cerró, Ramiro no pudo disparar cuando debía. El licenciado aprovechó para salir del auto y correr a una escuela para esconderse. Ramiro bajó de la moto: fue tras él. Se escucharon balazos, gritos...

El Miloco le dio las llaves de un Audi a Ramiro: “Carnalito, te rifaste chido... ¡te lo manda el Jefe Atila!” Ramiro subió al auto. Acarició el volante. Pasó su mirada por el tablero lujoso y, al encontrar sus ojos reflejados en el retrovisor, recordó los gritos de dolor del niño; quiso llorar... mejor se aguantó las ganas ●

Carlos Montemayor (1947-2010) es uno de los poetas y narradores más importantes de la segunda mitad del siglo pasado en nuestro país, entre otras razones por la versatilidad de su obra, pues escribió poesía, novela y ensayo, además de ser traductor, cantante, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y notable activista. Este artículo trata sobre su generación y el contexto político y social en que se desarrolló.



▲ Carlos Montemayor. Foto: La Jornada / Cristina Rodríguez.

LA GENERACIÓN DE CARLOS MONTEMAYOR

Volver a un autor poliédrico como Carlos Montemayor también es una oportunidad para repasar a una generación de poetas mexicanos, sobre todo porque ésta posee rasgos comunes que vale resaltar. Ahora bien, el concepto puede ser elástico. ¿Cada cuánto se perfila una generación?

Tradicionalmente se consideran quince años para delimitar una camada. Se atribuye a José Ortega y Gasset el “método” para estudiarlas, que también usó Luis González y González en su *Ronda de las generaciones*, donde recorría a los protagonistas de un siglo mexicano, seis generaciones nacidas entre 1805 y 1905, con existencia política entre 1857 y 1958. Otros estudios han actualizado estas “rondas”, inexactas siempre, pero útiles. A la sazón, las figuras consideradas eran sólo varones; ninguna mujer. Hoy han cambiado los tiempos y también la interpretación de aquel pasado: se han vuelto más “incluyentes” las lecturas históricas y la realidad misma.

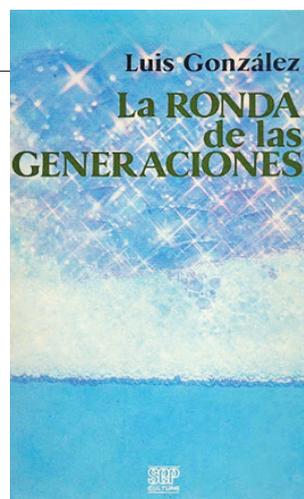
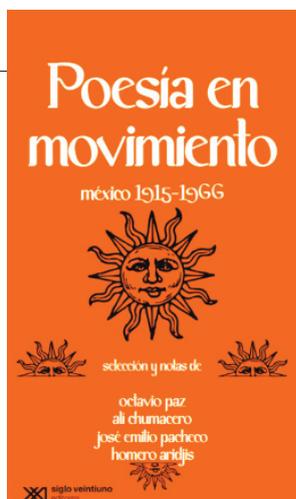
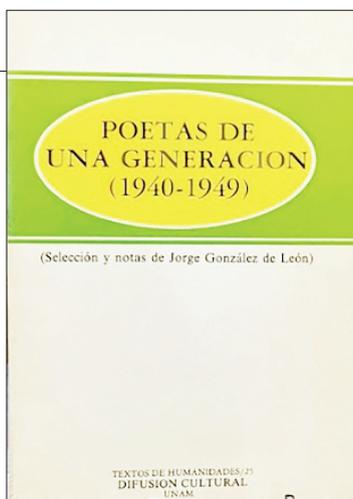
Los rasgos que definen a la generación de poetas nacidos entre 1940 y 1949, a la cual pertenece Montemayor, son peculiares, y en cierto modo incumplen la periodicidad de quince años. Sin ánimo de abusar en torno a una reflexión ampliamente conocida, cabe citar algunas frases del ensayo de José Ortega y Gasset “Idea de las generaciones” (en *El tema de nuestro tiempo*, 1923), que se ha vuelto canónico y como quiera es útil todavía:

Una generación es una variedad humana, en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos, que les prestan fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior. Dentro de ese marco de identidad pueden ser los individuos del más diverso temple, hasta el punto de que, habiendo de vivir los unos junto a los otros, a fuer de contemporáneos, se sienten a veces como antagonistas [...] *cada generación representa una cierta altitud vital*, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada...

[El espíritu de cada generación] ¿se entregará a lo recibido, desoyendo las íntimas voces de lo espontáneo? ¿Será fiel a éstas e indócil a la autoridad del pasado? Ha habido generaciones que sintieron una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio. Entonces se vive en *épocas cumulativas*. Otras veces han sentido una profunda heterogeneidad entre ambos elementos, y sobrevinieron *épocas eliminatorias y polémicas*, generaciones de combate. En las primeras, los nuevos jóvenes, solidarizados con los viejos, se supeditan a ellos: en la política, en la ciencia, en las artes siguen dirigiendo los ancianos. Son tiempos de viejos. En las segundas, como no se trata de conservar y acumular, sino de arrumbar y sustituir, los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempos de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva.

Hermann Bellinghausen





Efervescencia, rebeldía, represión, desencanto

EN 1981, JORGE González de León publicó la antología *Poetas de una generación, 1940-1949* (Textos de Humanidades, UNAM) que en su momento pudo parecer temprana y, sin embargo, conserva interés más allá de lo previsible. Un hecho crucial define a este repertorio de veintidós poetas (hoy podría ampliarse, pero la nómina es reveladora todavía): la experiencia del año 1968 y su impronta en los jóvenes de la época. A ellos “les tocó” aquello, independientemente de si su obra lo registra o no. Compartieron un “espíritu” que recorría el mundo. Efervescencia, rebeldía, represión, desencanto. En México, la generación del ’68 llegó a poder político en 1988 con el salinismo, y se le puede ver como “traidora” de los ideales sesentayocheros. Ninguno de los autores considerados hizo carrera política en esos términos. Y significativamente sólo se incluye a dos mujeres, Elsa Cross y Maricruz Patiño.

Otro rasgo definitorio, circunscrito a la escritura poética, es el corte de caja que había hecho *Poesía en movimiento* (1966), donde Octavio Paz y colaboradores cerraban la selección con los jóvenes José Emilio Pacheco (1939) y Homero Aridjis (1940), dejando la sensación de *après moi le déluge*. En tanto, otro canonizante, Gabriel Zaid, propuso una *Asamblea de poetas jóvenes de México* (1981) que consideraba, con cierto desdén, a los nacidos después de 1950. González de León salía a subsanar el boquete de una década de autores “solitarios”, como dice Vicente Quirarte en el prólogo. Tanto el antologador como el prologuista, nacidos en los cincuentas, pertenecen a la “siguiente” ronda y buscaban hacerles justicia a los poetas de más de treinta años.

En ese sentido ambos aciertan. Todos los autores considerados han cumplido con obras cabales, reconocidas, algunas incluso trascendentes para la literatura mexicana: David Huerta, Francisco Hernández, Elsa Cross, Ricardo Yáñez, Marco Antonio Campos, Antonio Deltoro. Están los poetas provocadores e incómodos Max Rojas (1940, el mayor del repertorio), Orlando Guillén y Jaime Reyes, precursores de la “infame turba” infrarrealista de la generación siguiente.

Otros han hecho más bien obra crítica: Evodio Escalante, Carlos Isla (también novelista), Miguel Ángel Flores. En tanto, José Ramón Enríquez se concentró en el teatro y José Manuel Pintado en el cine documental. Completan la selección Mariano Flores Castro, Antonio Leal, Raúl Navarrete, Maricruz Patiño, Francisco Serrano, Mario del Valle y el único no nacido en México, el chileno Luis Roberto Vera. Hay omisiones sin duda, pero la lista conserva validez literaria e histórica.

Entre ellos, Carlos Montemayor (1947) ocupa un lugar especial. Escribió poesía hasta su muerte en febrero de 2010, pero también dejó varias

novelas, algunas de gran calidad, otras un tanto descuidadas pero importantes. Hizo crítica y fue editor, como la mayoría de ellos. Si algo lo distingue es su actividad pública, su compromiso independiente con los pueblos originarios, con su escritura naciente y sus luchas de resistencia. Fue un osado interlocutor de los grupos armados en la segunda mitad de los noventas (EZLN, EPR, ERPI). Con los zapatistas mantuvo un diálogo intelectual de gran nivel, y se vinculó con la Iglesia católica de la liberación, en especial el obispo de San Cristóbal de Las Casas, Samuel Ruiz García. Sin hacer carrera política, y siendo en cierto modo muy académico, resulta el más político y comprometido del grupo, donde otros también serían consecuentes y de izquierda.

Con excepción de los tres “incómodos” mencionados antes, no se trata de una generación rompedora ante la tradición poética, dignos nietos de López Velarde y sobrinos de los Contemporáneos, aunque casi todos ellos críticos del *establishment* político. Unos cuantos hicieron activismo alrededor de 1968, pero en general aparecen como agradecidos pupilos de sus maestros y predecesores, marcadamente Octavio Paz y, en el caso de Montemayor y Campos, Rubén Bonifaz Nuño; estos últimos, más progresistas que su mentor.

Otro rasgo de la generación fue su rechazo a las posiciones de poder cultural. Eso no impidió que algunos dirigieran revistas o crearan colecciones, pero de alguna manera fueron antiautoritarios u optaron por el bajo perfil fuera del campo literario. ¿Será una huella más del vendaval juvenil

que les tocó vivir? Tras ellos, la generación post 1950, más numerosa y de perfiles más variados resultó beneficiaria del ’68 sin cargar los traumas ni las vehemencias de los nacidos en los años cuarenta del siglo pasado. También ha sido una generación todavía más aplicada en hacer la tarea que dejaron los maestros. Lo que Ortega y Gasset llamaría “cumulativa”, no rompedora ni parricida, mejor avenida con los cenáculos de la academia y la revisión apologetica de la tradición mexicana.

Un hombre de muchas estaciones

MONTEMAYOR SE DISTINGUE de sus contemporáneos, sobre todo a partir de los años noventa, cuando acentúa su compromiso social, apartidista y con un acento muy personal, que lo hace un intelectual independiente. Las enseñanzas de Bonifaz Nuño y Miguel León Portilla maduran en direcciones más radicales y auténticas para él. Concentra gran energía intelectual en el encuentro con pensadores, autores y activistas de los pueblos originarios del área maya peninsular, y luego Chiapas y Oaxaca. Su influencia en la literatura emergente en lenguas originarias es clave. Ejemplifica la transferencia cultural que define ese período, cuando los antropólogos asumen que los indígenas son el futuro, al menos para sí mismos, no el pasado, la tradición, la marginalidad, la lenta extinción.

Aproxima escritores e investigadores indígenas a la cultura universal y la literatura mexicana, y logra enlazar el pasado insurreccional de los años setenta con los nuevos movimientos armados, revolucionarios y de izquierda en Chiapas, Guerrero y Oaxaca. Articulista y narrador, deviene interlocutor (no tanto “asesor”) del *subcomandante Marcos* y la comandancia del EZLN, participa en las mediaciones de paz reivindicando siempre la legitimidad de los rebeldes, incluso la “guerrilla mala” del EPR, culturalmente más incómoda que la “guerrilla buena” zapatista; aquella, heredera de lo que transcurre en sus novelas *Guerra en el Paraíso*, *Las armas del alba* o *Las mujeres del alba*. De alguna manera desplaza sus intereses a hacia una “relación” de las rebeldías indígenas y populares del fin de siglo, así como en el afianzamiento de su despertar como pueblos y el surgimiento de una expresión indígena moderna.

Los miembros de su generación poética pudieron tener convicciones políticas, incluso revolucionarias en algún momento, pero sólo Montemayor anduvo cerca del fuego. Una original vía de su desempeño académico fue su relación con las Fuerzas Armadas en un período donde las prácticas contrainsurgentes iban a la alza, como en tiempos de Luis Echeverría. Él no habla con los presidentes, como suele ocurrir, sino con los generales. Y a la vez con los comandantes revolucionarios, ilegales y perseguidos. Y escribe *Los informes secretos*.

En medio de todo, colocó la escritura de poesía en una zona personal, menos visible pero de ninguna manera menor. Su aporte se concentra en *Finisterra*, *Abril y otras estaciones*, *Memoria del verano*, la compilación *Poesía 1977-1996*, los poemas chinos de Tsing Pau (2007), *Apuntes del exilio* en su juvenil libro de relatos *Las llaves de Urgell* (<https://www.jornada.com.mx/2024/03/11/opinion/a03a1cul>).

Sin trivializar la valoración de la obra de cada miembro de esta generación, buscando distinguir quién sería el (o la) “mejor” del grupo, puede afirmarse que Carlos Montemayor alcanzó el registro más amplio y público, con un prestigio ético respaldado en su creación literaria. Un escritor pleno, un hombre de muchas estaciones ●

GUERRA EN EL PARAÍSO:

LA GRAN NOVELA DE LA GUERRILLA

(a 15 años del fallecimiento de Carlos Montemayor)

Este artículo recuerda, con oportunidad y justicia, la gran novela *Guerra en el Paraíso* de Carlos Montemayor (1947-2010), que narra el movimiento guerrillero armado dirigido por Lucio Cabañas (1938-1974) al frente del Partido de los Pobres, y su contexto histórico, tan doloroso para nuestro país. Intensa y valiente, es una de las mejores novelas mexicanas de finales del siglo XX.



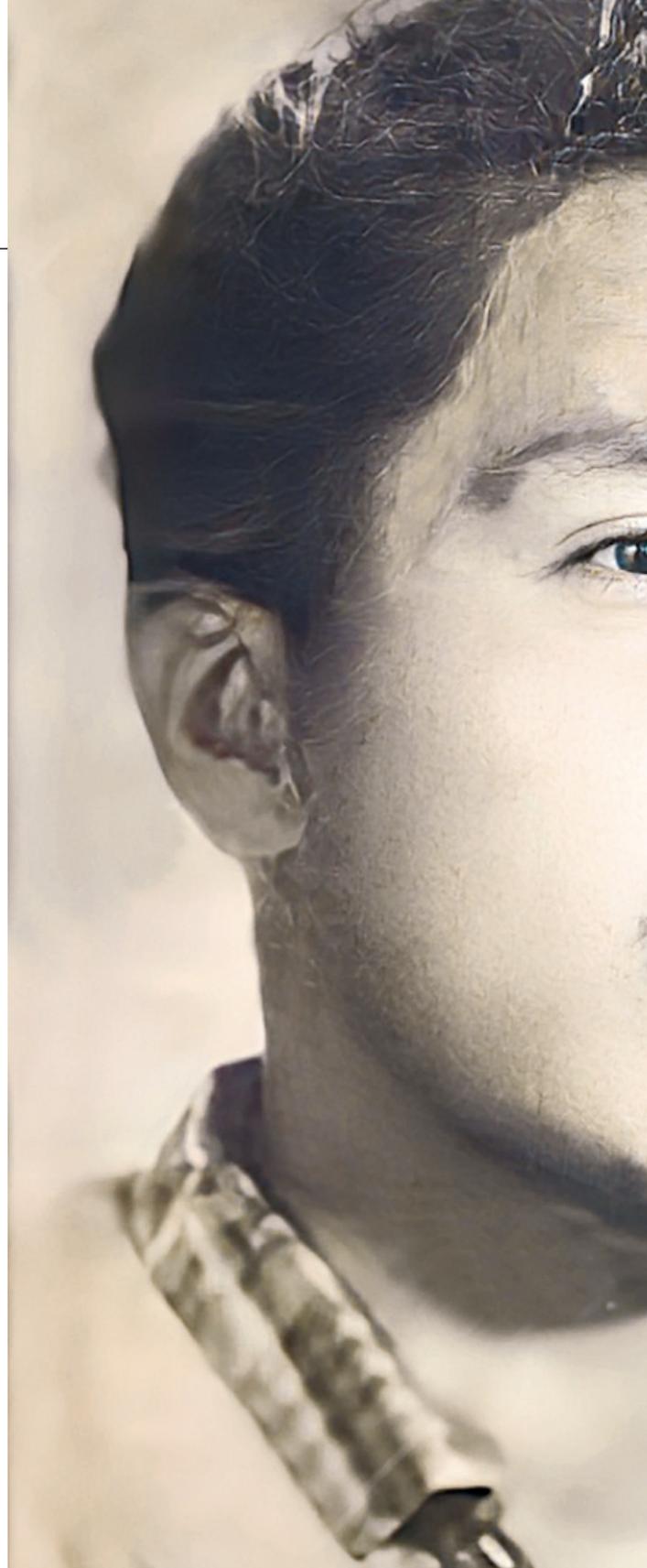
▲ Carlos Montemayor. Foto: La Jornada / Francisco Olvera.

Marco Antonio Campos

De los personajes más siniestros y criminales del siglo XX, arquitectos mayores en América Latina del Plan Cóndor, fueron estadounidenses: Richard Nixon y Henry Kissinger. Si los años setenta fueron la década por excelencia de la pesadilla militar en América Latina, si se apoyó a las dictaduras más crueles en nombre de la *guerra fría* y la lucha contra el comunismo, se debe en muy extensa medida a ambos. En países de Sudamérica, Centroamérica y México operaron los militares, asesorados por la CIA, en su tarea de exterminio. En México, en los regímenes autoritarios civiles de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, lo que fuera o pasara por comunista, marxista, trotskista, socialista o simplemente progresista, era sujeto de sospecha o de persecución. Primero, como secretarios de Gobernación y luego como presidentes de la República, en Díaz Ordaz y Echeverría se dieron dos estilos y un solo asesino. De partes de esos dos sexenios (de 1967 a 1974) versa en Ciudad de México, Monterrey y muy ampliamente en Guerrero, *Guerra en el Paraíso*, novela excepcional de Carlos Montemayor que se centra ante todo en la guerrilla rural que encabezó Lucio Cabañas, quien anheló la unión de una oposición armada en todo el país.

Apenas el 2 de diciembre pasado se conmemoró medio siglo de la muerte de Lucio, acaecida en El Otatal, en la sierra de Guerrero, en un enfrentamiento con el ejército. Al morir estaba a diez días de cumplir treinta y seis años. Había nacido en 1938 en Atoyac de Álvarez. Dejó una viuda (Isabel Anaya Nava) y una hija (Micaela), que por lustros la pasaron muy mal después de su muerte. Hasta que debió alejarla por las presiones del frente guerrillero, Isabel convivió con Lucio de octubre de 1973 a marzo de 1974. No se volverían a ver.

Se habla de la *pax priista*, que es olvidar los movimientos sociales que terminaron con una represión despiadada por el terrorismo de Estado procurado desde la primera magistratura. Algunos de los principales antecedentes entre 1958 y 1976: con Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos, el movimiento de los ferrocarrileros (1958-1959), ferozmente reprimido, y la matanza con engaños del 23 de mayo de 1962 del líder campesino Rubén Jaramillo, de su familia y campesinos afines; con Díaz Ordaz, entre otros, las huelgas de los médicos y de los maestros y el movimiento estudiantil de 1968 que culminó con la matanza de Tlatelolco y el asalto de los presos comunes a los presos políticos en la cárcel Lecumberri el Año Nuevo de 1970; con Luis Echeverría, la matanza de estudiantes por parte de los *halcones* el 10 de junio de 1971, las guerrillas urbanas (Liga 23 de septiembre, MAR, FRAP,



FARP, Frente Urbano Zapatista) y las campesinas que encabezaron Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas. Por demás, las diversas guerrillas, urbanas y rurales, para allegarse fondos, secuestraron alrededor de doscientos empresarios, hacendados y políticos. Sin embargo, de ninguno de esos movimientos se escribió la gran narración ni se filmó la gran película, salvo la estremecedora novela de Carlos Montemayor, la cual tiene como principal eje la guerrilla del Partido de los Pobres de Cabañas.

Una novela de alto voltaje

SI LUIS ECHEVERRÍA, después del '68, al ascender a la Presidencia, hubiera llevado a cabo la transición democrática, como la concibieron los españoles a la caída de Franco, sería en la historia como Adolfo Suárez, alabado por todas las facciones, y en México no tendrían que pasar treinta años, a veces en picada, para que ocurriera con Fox la alternativa mediocre, *pero no el cambio*. En 1978, con Jesús Reyes Heróles se dio la reforma política, pero se trató de mero gatopardismo: simular que se cambia para seguir igual, en este caso, la continuidad de un priismo menos cerrado.

Novela violenta, en ocasiones violentísima, *Guerra en el Paraíso* es una suerte de cable de alto voltaje que electriza la mente y el cuerpo, salvo en pasajes reflexivos o en descripciones paisajísticas, donde surge el poeta que Montemayor fue. Si hay

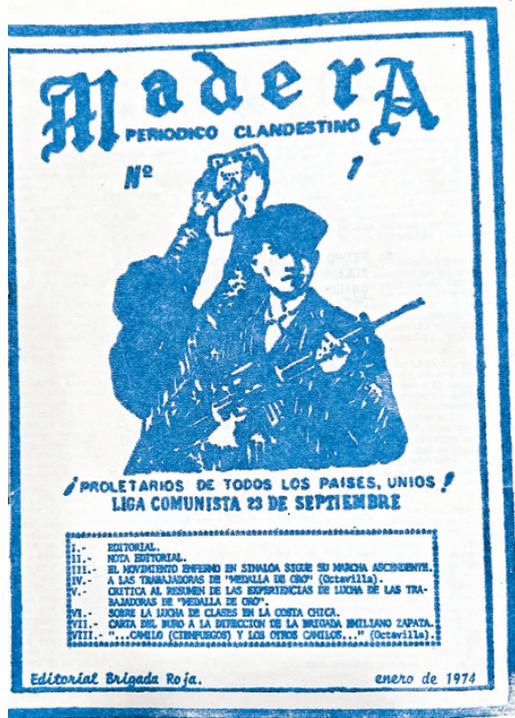


▲ Lucio Cabañas. Fotoarte: Rosario Mateo C.

una influencia estilística, meramente incidental, es la narrativa de Juan Rulfo, en especial en el habla de los campesinos y en instantes poéticos de los trazos paisajísticos. Por la alta tensión, la lectura de *Guerra en el Paraíso* debe hacerse con pausas para ordenar lo leído: enfrentamientos, emboscadas, torturas salvajes, asaltos, desaparecidos (que no fueron sino centenares de campesinos –la mayoría vivos– arrojados desde helicópteros al mar), violaciones de las mujeres, y aún lo peor, aldeas y pueblos arrasados por el ejército.

Las torturas suelen ser muertes sucesivas que terminan en una muerte. Aquí, tanto las torturas, que con minuciosa saña llevan a cabo expertos militares, y el remate de los heridos en combate, son crispantes. Los torturadores no estuvieron en el lado de los guerrilleros, pero en las emboscadas fueron tan implacables como los soldados.

A muchos, que éramos muy jóvenes entre 1967 y 1974, la novela nos hace revivir con intensidad esos años. Fuera del soldado común, tómese en cuenta el abismo de armamento de las dos partes: entre militares de élite bien entrenados y alimentados y campesinos que utilizaban como máximo rifles M1 y M2, y fusiles automáticos ligeros (FAL), pero que estaban muy bien organizados. La guerrilla serrana de Cabañas, o más preciso, del



◀ Propaganda de la Liga 23 de septiembre. Foto: Archivo General de la Nación.

Partido de los Pobres, se movió en las regiones de Atoyac, Tecpan, Coyuca, o más específicamente, en pueblos o ejidos, entre otros, Zacualpan, Zacatula, San Vicente de Benítez, Tepetitla, Petatlán, El Porvenir, El Quemado, el Paraíso, La Remonta, Ticuá, Los Corales, Río Santiago, Río Chiquito... Recuérdese que la matanza perpetrada por los judiciales en la plaza principal de Atoyac el 18 de mayo de 1967, cuando Lucio era en ese momento orador, fue el detonante de la guerrilla que él encabezó. Lucio llevaba la lucha contra la desigualdad y la injusticia en las venas: su abuelo Pablo Cabañas fue combatiente en las huestes de Emiliano Zapata.

A diferencia del Guerrero de este cuarto de siglo, en que los cárteles y células criminales se han apoderado de la entidad y extorsionan y asesinan, y en muchos casos las familias de los campesinos se ven obligadas a desplazarse de sus pueblos, en los años de Vázquez Rojas y Cabañas, los campesinos salieron a luchar contra el gobierno por sus promesas incumplidas, su corrupción sin fondo y la miseria en que mal vivían o sobrevivían. Sólo cuando vio que la rebelión cabañista se intensificaba, el gobierno echeverrista empezó, en el área de conflicto, a construir clínicas, a crear una red telefónica, a abrir carreteras, a expandir las tiendas CONASUPO, a poner alumbrado eléctrico, para que se viera que el gobierno se preocupaba por ellos...

En el caso de Cabañas, con mayor visión y como una bella utopía, buscó unir a los movimientos armados de izquierda para hacer un movimiento nacional; hubo diálogos, pero el que tuvieron, por ejemplo, con representantes de la Liga 23 de Septiembre, como se expone en el capítulo IV, es un ejemplo emblemático que deja ver un abismo entre cómo actuaba la guerrilla rural y cómo pensaba la urbana: la Liga 23 de Septiembre, que creía que se debía leer marxismo para orientar la lucha, y el Partido de los Pobres, que no tenían acceso a los libros y se rebelaban, armas en mano, contra las atroces injusticias y su denodada pobreza secular. El diálogo no terminó en pelea, sino en algo como “queremos el cambio, pero cada uno va por su cuenta”. La gente de Lucio estuvo a punto de cometer un gravísimo error: fusilar a los miembros de La Liga, que hubiera servido de prueba paradigmática de que el peor enemigo de la izquierda es habitualmente la izquierda misma.

“Terroristas, alzados, delincuentes, gavilleros, robavacas...”

EN LAS PÁGINAS donde Montemayor describe a los campesinos no deja de sentirse un hondo dolor por esas mujeres y hombres en la supervivencia y la miseria sin porvenir, pero fueron ellos y ellas quienes apoyaron a los guerrilleros muchas veces con alimentos, información u ocultándolos, esos combatientes rurales que, para los gobernantes, militares y judiciales eran sólo terroristas, alzados, delincuentes, gavilleros, robavacas... Esos campesinos de la sierra guerrerense que cultivaban milpas, sembraban amapola, trabajaban en las huertas copreras y en los cafetales y a quienes les pagaban su trabajo o sus productos a precios de misericordia y vivían al día o menos que al día. Sin ese apoyo de los pueblos y sin los asaltos ban-

/ PASA A LA PÁGINA 10



Novela violenta, en ocasiones violentísima, Guerra en el Paraíso es una suerte de cable de alto voltaje que electriza la mente y el cuerpo, salvo en pasajes reflexivos o en descripciones paisajísticas, donde surge el poeta que Montemayor fue. Si hay una influencia estilística, meramente incidental, es la narrativa de Juan Rulfo, en especial en el habla de los campesinos y en instantes poéticos de los trazos paisajísticos.



VIENE DE LA PÁGINA 9/ GUERRA EN EL...

carios y sin los secuestros (el de mayor resonancia fue el del entonces senador Figueroa), la guerrilla de Lucio Cabañas no hubiera durado siete años en combate, una adhesión que no lograron entonces las guerrillas urbanas que anduvieron a menudo en solitario, pese al diálogo que hubo entre ellas. Las guerrillas urbanas nunca estuvieron, pese a contactos con otros grupos alzados del país (Coahuila, Durango, Veracruz o Ciudad de México), cerca de conseguir una activa unidad en el país.

La mayor crítica que tendría como lector de la novela es que los guerrilleros, más allá de los nombres continuamente mencionados y las acciones que llevan a cabo, aunque sean nombres ficticios, es que no se alcanza a configurarlos como personajes: Ramón, Eusebio, Alfredo, Rutilio, Raúl, Martha, Quirino, Damián, Alfredo, Héctor, Solín, Chelo, Óscar, Gabriel, Manuel, Domingo, René, Carmen, Chema... Unos aparecen llevando a cabo emboscadas, otros, realizando propaganda, otros haciendo contactos en los pueblos. En reuniones conversan entre ellos, pero no sabemos de su vida de antes, en qué trabajaban, su carácter, su estado civil, los pueblos y familias de los cuales provenían... Probablemente la razón fue para proteger del peligro la identidad de quienes sobrevivieron.

Integrados a la novela hay pasajes explosivos de esos años que fueron llevados a cabo por otros grupos de la izquierda armada, pero en los que no tiene que ver la guerrilla de Cabañas: el fallido asalto al Cuartel Madera el día 23 de septiembre de 1965 en el estado de Chihuahua, que intentó el Bloque Popular Guerrillero, encabezado por el profesor Arturo Gámiz García y el médico Pablo Gómez Ramírez; el mal calculado intento de secuestro de parte de un comando de la Liga Comunista 23 de Septiembre, que terminó en asesinato, en Monterrey, de Eugenio Garza Sada, y en el que perdieron mucha imagen gobierno y guerrillas; el secuestro ilógico de José Guadalupe Zuno, suegro de Echeverría, que tenía más de ochenta años, y quien desde joven fue hombre de izquierda y estaba distanciado del yerno.

“...mata, tortura, apresa, destruye casas, destruye pueblos enteros”

SIN DUDA EL secuestro con mayor resonancia, el cual señalaría el principio de la derrota, fue el

del senador Rubén Figueroa, del 30 de mayo al 8 de septiembre de 1974, cuando quiso dialogar con Cabañas; ese Figueroa, a quien en los meses en la sierra Montemayor lo pinta como cobarde y vil; ese Figueroa, que ya siendo gobernador de Guerrero sacaría su catadura de pervertido y cruel, quizá más preocupado por vengarse que en gobernar bien. El hecho de secuestrar a Figueroa acarreará que se eche a andar todo el aparato del Estado: el ejército cercará toda la sierra y la perseguirá ferozmente con la quinta parte de los destacamentos del ejército nacional, es decir, 20 mil elementos, hasta dar muerte a Lucio el 2 de diciembre en una celada. O como dice uno de los miembros de la guerrilla, en esos meses despiadadamente el ejército “mata, tortura, apresa, destruye casas, destruye pueblos enteros”. Las quemadas de pueblos y casas no dejan de leerse con dolor.

Muchos alzamientos terminan en traiciones; la de Lucio Cabañas fue, en este caso, de parte de los hermanos Anacleto y José Isabel Ramos, que los entregaron. Hay que recordar que la madre, los hermanos, la esposa adolescente de catorce años (Isabel Anaya Nava) y la hija (Micaela) de Cabañas fueron llevados un mes antes de la muerte de éste al Campo Militar Uno, estuvieron un año y medio, y la esposa adolescente fue torturada y violada, y cuando Figueroa los saca del Campo Militar un año y medio después, y las aloja en el hotel Metropól de la CDMX, hace ir sola y encierra una y otra vez en su despacho a Isabel hasta embarazarla, en algo en que hay mucho de una venganza infame. Según declaró Isabel Anaya en una entrevista de 2003 a la revista *Proceso*, el hijo, que nació con severas fallas físicas, murió meses después de nacer, en mayo de 1976. Más: Figueroa en su gobierno no dejó de perseguir a los campesinos que fueron, o lo suponía, miembros o cómplices de la guerrilla. En 2011, en Xaltianguis, muy cerca de Acapulco, asesinaron a Isabel Anaya y su hermana, sin que se sepa aún quiénes fueron, y quizá sin que se haya hecho siquiera el mínimo esfuerzo por saberlo. Micaela, la hija de Lucio, en 2023, en un acto de vindicación a su padre en el Campo Militar número 1, estando presentes López Obrador y el ministro de Defensa Crescencio Sandoval, cuando dio un breve discurso, evitó decir el nombre de Figueroa, porque le “daba asco” pronunciarlo.

Tomando en cuenta que se publica *Guerra en el Paraíso* diecisiete años después de la muerte de Lucio, es una novela que Montemayor escribió con plausible valentía, cuando aún vivían casi

▲ Izquierda: Archivo Fotográfico Hermanos Mayo, AGN. Derecha: a la izquierda Lucio Cabañas. Foto tomada de: <https://desinformemonos.org/lucio-cabanas-una-vida-hacerse-pueblo-2/>.

todos los protagonistas. Están escritos o mencionados en la novela los nombres propios de los principales protagonistas de la *guerra sucia* del lado del gobierno: el presidente Luis Echeverría, el secretario de Gobernación Mario Moya Palencia, el subsecretario de gobernación Fernando Gutiérrez Barrios, el gobernador Israel Noguera Otero, el senador Rubén Figueroa, el sórdido súper policía Miguel Nazar Haro, y entre los militares, los generales Hermenegildo Cuenca Díaz, Rafael Solano Chagoya, Enríquez Rodríguez, Salvador Rangel Medina, Eliseo Jiménez Ruiz, Mario Arturo Acosta Chaparro, uno más denodadamente cruel que el otro, quienes, como buenos políticos o militares o policías, en un doble discurso, se creen, no responsables o culpables de centenares de asesinatos, sino “salvadores de México” y quienes “salvaguardaron el orden y la tranquilidad”. También están gobernadores de Guerrero en los decenios de los sesenta y setenta, que, con su política de aniquilación y cero diálogo, contribuyeron esencialmente a las rebeliones, en especial Raúl Caballero Aburto y Raymundo Abarca Alarcón.

“La dignidad que se acrecienta”

MONTEMAYOR DECLARÓ que le llevó cinco años escribir la novela. Desde luego los hechos reales se acompañan de ficción y los numerosos diálogos y monólogos interiores tienen mucho de inventiva, pero al lector le parecen del todo reales, como si hubiera sido el gran testigo. Es una novela y no un documento, pero la verdad histórica esencialmente *está allí*.

Guerra en el Paraíso es una de las mejores novelas mexicanas del siglo XX. A más de treinta años, sigue siendo tan nueva como en 1991 cuando Diana la publicó. Luis Hernández Navarro, experto en el tema, la llamó “la gran novela de la guerrilla en México” y el ejemplo de Lucio para la historia lo resumió como “la dignidad que se acrecienta” (*La Jornada*, 26/XI/2024).

De Lucio Cabañas, en la plaza central de Atoyac, se alza un obelisco en su memoria, que guarda sus restos desde el 2 de diciembre de 2002. Guste o no, es el mito guerrillero por excelencia de la izquierda mexicana después de la Revolución ●

LA CASA LUIS BARRAGÁN, NUEVAS LECTURAS



Artes de México,
Número 138, enero 25,
Artes de México,
México, 2025.

El número 138 de *Artes de México* está dedicado a la casa que Luis Barragán erigiera como su hogar, refugio, jardín y taller. Ubicada en Francisco Ramírez 14, Tacubaya, el año pasado cumplió veinte años de su inclusión en la lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO. La ocasión fue propicia para confeccionar esta entrega, ¿Cómo celebrarla? La Fundación de Arquitectura Tapatía Luis Barragán, Margarita de Orellana, así como Alberto Ruy Sánchez, editores por más de treinta años de *Artes de México*, pensaron que era impropio repetir las afirmaciones desgastadas sobre el arquitecto tapatío: el poeta del espacio, el autor de las casas desarrolladas hacia su interior, el esteta solitario de las terrazas que se abren al cielo. Por lo tanto, si se querían privilegiar enfoques novedosos era imperativo disponer de fuentes de igual carácter. Fue la invitación y el reto que recibimos Alfonso Alfaro, Lucía Cornejo, Adriana Malvido, Guillermo Eguiarte y un servidor. Sólo por eso sería interesante este número de *Artes de México*, pero hay más.

Ruy Sánchez se demoró contemplando cómo la lluvia invade el jardín, como las luces del día iluminan sus diversos ámbitos, o como las hojas de los árboles tocan los ventanales y lo explicó con su asombro de poeta y su mirada de estratega.

Alfaro aportó, sin duda, el texto más sugerente de la revista. Él lee los espacios de la casa como un “manifiesto” e invita al lector a hacer un itinerario diferente, que se torna, como consecuencia, excepcional. ¿Qué encontró? Excentricidad, nostalgia, modestia, azar, pero también el tiempo sosegado, las sorpresas paulatinas, esclusas escenográficas, “el espacio sideral” y tantos otros valores o recursos que propone como claves para aproximarnos de manera fresca a su casa, a su arquitectura.

Cornejo escribió un bello poema que nos propone cerrar los ojos para recorrer la casa imaginando, por ejemplo, un árbol que camina desde el jardín y “tienta” el vidrio soplado de las jarras artesanales mexicanas reflejándose en un mantel o el color de los muros tomado de los “frutos que se abren”.

Malvido ofrece, por fin, una elegante radiografía de las presencias femeninas que rodearon a Barragán en vida. En su artículo narra esas historias secretas, a la vez que recorre la casa detectando sorprendentes figuras femeninas: Adriana Williams, vírgenes diversas, María Luisa Lacy, *Las tres gracias*, Valerie Luandahl, el precioso busto en madera de Lupe Hermosillo Pacheco, Rosenda Monteros y tantas más.

Eguiarte, conocedor como el que más de la cultura japonesa, hizo una lectura desde los libros de arquitectura de aquel país –atesorados



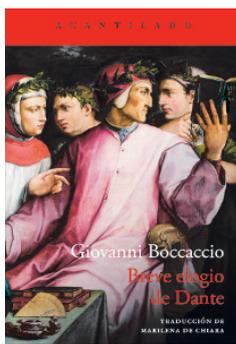
◀ Luis Barragán. Foto tomada de *Artes de México*.

en la biblioteca de la casa– sobre la forma en que Barragán asimiló esos conocimientos ancestrales (el *Wabi* o belleza efímera) para cifrarlos en sus soluciones y la forma en que dialogó con fotógrafos y visitantes nipones para enriquecerse como jardinero y arquitecto.

Por último, un servidor, a partir de poemas, cartas, dedicatorias y fotografías, muchas de ellas desconocidas, exploré de qué manera las amistades de ciertas personas, no arquitectos, construyeron con Barragán una complicidad, la forma en que ellos se involucraron en su trabajo y él colaboró en el suyo: Edmundo O’Gorman, la Güisa Lacy, José Gaos, Justino Fernández, Gloria Cándano, Salvador Novo, Carlos Pellicer y tantas otras y otros.

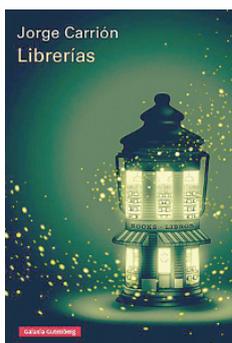
¿Qué más puede hallarse en este número? Así como Juan Segura no es importante por su arquitectura de apariencia art decó, o Antonio Rivas Mercado no fue sólo un ecléctico, tampoco el trabajo de Barragán puede reducirse a sus paredones de colores mexicanos deslavados, pues las superficiales visiones, etiquetas o adjetivos han terminado por explicar poco o incluso ocultar lo que está por descubrirse. “Sumar al asombro de contemplar el placer de comprender”, es uno de los lemas de *Artes de México*, sin olvidar documentarlo de maneras imaginativas y compartirlo con generosidad. Ese fue nuestra aspiración. Bienvenidas las nuevas miradas ●

Qué leer/



Breve elogio de Dante,
Giovanni Boccaccio,
traducción de
Marilena de Chiara,
Acantilado, España,
2025.

GIOVANNI BOCCACCIO escribió: “Siendo yo una pequeña parte de aquella misma ciudad de la cual Dante Alighieri representó una parte grandísima –por sus méritos, su nobleza y su virtud–, estoy obligado, como cualquier otro ciudadano, a rendirle honores. Aunque yo no sepa cumplir con una tarea tan elevada, por mis escasas facultades intentaré homenajearlo como hubiera tenido que hacer la propia ciudad.”

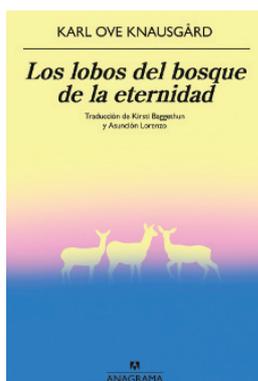


Librerías,
Jorge Carrión, Galaxia
Gutenberg, España,
2025.

EL EDITOR JOAN TARRIDA asevera: “la publicación de *Librerías* en 2013 creó una narrativa que no existía: la de la importancia de las librerías y los libreros en la historia de la cultura. Tras ser traducido a quince idiomas y haberse convertido en el título de referencia internacional sobre el tema, esta nueva edición –revisada, actualizada, expandida– evidencia que no es sólo una fascinante vuelta al mundo y una erudita historia cultural del libro, sus espacios y sus agentes: también es un ensayo literario pionero que se ha vuelto imprescindible en cualquier biblioteca.”

Los lobos del bosque de la eternidad,
Karl Ove Knausgård, traducción de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo,
Anagrama, España, 2025.

KARL OVE KNAUSGÅRD aborda en su novela la explosión en la central de Chernobyl y la muerte



del padre: “Escuchábamos a grupos como Status Quo, Slade, Mud o Gary Glitter; los que eran algo mayores añadían además a Rory Gallagher, Thin Lizzy, Queen y Rainbow. Luego todo dio un vuelco, al menos para mí, porque de repente todo era Sham 69, The Clash, The Police o The Specials a

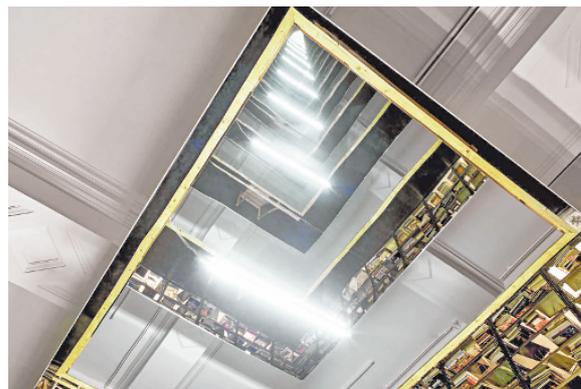
todo volumen. He seguido escuchando todas esas bandas de vez en cuando. No así a Status Quo. Por eso me impactó de ese modo, como una explosión dentro de mí. Y por eso me eché a llorar de repente al escuchar el estribillo.”

Dónde ir/

Kader Attia. Un descenso al Paraíso.

Curaduría de Cuauhtémoc Medina y Alejandra Labastida. Museo Universitario Arte Contemporáneo (Insurgentes 3000, Ciudad de México). Hasta el 4 de julio. Miércoles a domingos de las 11:00 a las 18:00 horas.

LOS CURADORES ASEVERAN: “Kader Attia es un artista clave del presente, tanto por las operaciones materiales, intelectuales, formales y alegóricas que su obra propone, como por las perspectivas que arroja sobre la cultura política, espiritual y artística actual. Su trabajo suscita especial admiración por la manera en que conjunta la erudición, la crítica y el asombro, al abordar las complejidades de la experiencia poscolonial, así como por la forma en que devela la articulación entre trauma y estética en la historia moderna.”



La niña en el altar.

Dramaturgia de Marina Carr. Traducción de Alfredo Michel Modenessi. Dirección de Enrique Singer. Con Marina de Tavira, Alberto Estrella, Emma Dib, Everardo Arzate, Yessica Borroto y Salvador Sánchez. Teatro El Galeón Abraham Oceransky (Reforma esquina Campo Marte s/n, Ciudad de México). Hasta el 2 de marzo. Jueves, viernes y sábados a las 19:00 horas y domingos a las 18:00 horas.

SE TRATA DE una reinterpretación de la tragedia griega que se vincula con el presente. Según los editores de la *Enciclopedia Británica*, Clitemnestra, en la leyenda griega, hija de Leda y Tíndaro y esposa de Agamenón, comandante de las fuerzas griegas en la guerra de Troya, tomó a Egisto como amante mientras Agamenón estaba en la guerra. A su regreso, Clitemnestra y Egisto asesinaron a Agamenón. Clitemnestra fue asesinada por su hijo, Orestes, con la ayuda de su hermana Electra, en venganza por el asesinato de su padre. En la obra de Esquilo –en la trilogía de la *Orestíada*– por Agamenón, Clitemnestra se ve obligada a asesinarlo en parte para vengar la muerte de su hija Ifigenia, a quien Agamenón había sacrificado para triunfar en la guerra, en parte por su amor adúltero por Egisto y en parte como agente de la maldición sobre la familia de Agamenón. La tradición de Clitemnestra se cuenta en otras obras ●

En nuestro próximo número

LA JORNADA
SEMANAL
SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA

PRESENTE Y FUTURO DEL PENSAMIENTO



1. Vista de la de la exposición Sigmar Polke. *Afinidades desveladas*. Foto © Museo Nacional del Prado. 2. *Disparate La lealtad*, Lita Cabellut. 3. *Disparate La lealtad* Francisco de Goya.

1

2

Artes visuales / Germaine Gómez Haro

germainegh@casalamm.com.mx

Goya y su descendencia artística

A casi dos siglos de su fallecimiento, el pintor español Francisco de Goya y Lucientes (Fuentedetodos, 1746–Burdeos, 1828) sigue siendo uno de los artistas más revisitados. Su vasta obra (pintura de caballete y mural, grabado y dibujo) transitó por diversos estilos de su época, como el rococó, el neoclasicismo, el prerromanticismo, hasta llegar al final de su vida a un expresionismo que lo sitúa como uno de los principales precursores de esa vanguardia artística surgida en Alemania a principios del siglo XX, toda vez que los surrealistas también abrevaron en sus fuentes. Goya es uno de los pilares en la construcción de lo que hoy conocemos como Pintura Moderna, con mayúsculas, y desde entonces son innumerables los artistas que han evocado, parafraseado y reinterpretado sus tribulaciones filosóficas, la feroz crítica social de su tiempo y sus investigaciones formales por demás avanzadas para su época. Visité en Madrid dos magníficas exposiciones en torno a la presencia de Goya en dos de los artistas visuales más influyentes en la actualidad: la española Lita Cabellut (1961) con la muestra *Goya por Lita Cabellut. Los disparates* en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y el alemán Sigmar Polke (1941–2010) en el Museo del Prado con la exhibición *Sigmar Polke. Afinidades desveladas*. Los dos templos del arte antiguo europeo abrieron sus puertas a estos creadores contemporáneos para entablar un diálogo con el pintor aragonés, para mostrar hasta qué punto

el arte del maestro sigue y seguirá siendo un faro y una influencia decisiva para los artistas de todas las generaciones.

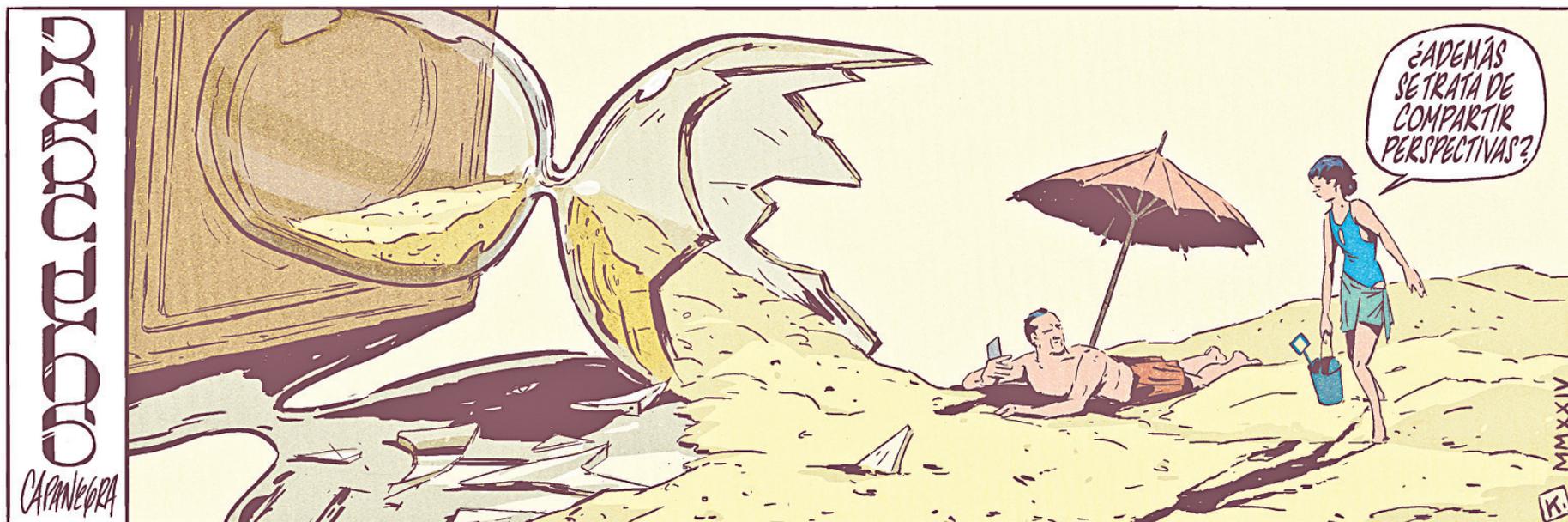
Lita Cabellut –española, gitana, y ahora holandesa, tras cuatro décadas de residencia en La Haya– ha expresado en repetidas ocasiones que su visita al Museo del Prado a los trece años de edad fue el momento decisivo de su existencia, cuando confirmó que lo suyo era vivir para el arte. Y el arte de esta inclasificable creadora está regido por una pasión desbordada que la ha llevado a crear obras palpitantes que sobrecogen, conmueven, sacuden y maravillan por su monumental expresividad, como vimos en esta reinterpretación de los *Disparates* goyescos. Lita lleva el textil hasta sus últimas consecuencias, creando pinturas y esculturas avasalladoras, porque para ella “el lienzo es el principio de esa emoción que Goya quería transmitir [...] no podemos tapar el origen de lo que somos: esto es lo que Goya nos está tratando de decir en los *Disparates*”. La de Lita es una técnica que consiste en destruir sus telas para construir sus portentosos cuadros, o por decirlo de otra manera, desconstruye sus pinturas para crear obras de difícil clasificación, así como Goya en su momento se sumergió en los abismos de la materia y la forma para hurgar en los más oscuros vericuetos de la condición humana.

Sigmar Polke sucumbió al magnetismo de Goya en los años ochenta, cuando pasó seis semanas en Madrid estudiando a los grandes maestros



3

en el Prado. Por esos años visitó también el Palacio de Bellas Artes de Lille (Francia), donde descubrió *Las viejas* o *El tiempo* (1810–1812), uno de los óleos más perturbadores del pintor español en el que vemos los rostros grotescos de dos ancianas custodiadas por un siniestro personaje que es un Cronos alado, dios del tiempo de la mitología griega. Tras un análisis con rayos X al lienzo, Polke descubre que hay otra escena detrás y se obsesiona en buscar lo que “desvela” el cuadro, lo que oculta más allá de las apariencias. Las pinturas de Polke se caracterizan por sus técnicas osadas e innovadoras en las que el espectador descubre diferentes *realidades* superpuestas a manera de palimpsestos; los ecos de Goya se vislumbran entre las transparencias y veladuras a manera de silenciosos guiños poéticos. El trabajo de Polke y el lienzo de Goya procedente de Lille se presentan por primera vez en España en este encuentro que confirma la importancia del diálogo de las artes ●



Tomar la palabra/ Agustín Ramos

Veracruz en 1923

Para mis adorados Toño, Gus y Mariquita.

EQUIPARABLE A MIS lecturas sobre el mar mediterráneo en la época de Felipe II, sobre la ciudad de París en marzo/mayo de 1871, sobre Tabasco en tiempos de Garrido Canabal y sobre medio milenio de Chiapas. A la par de estas amadas cimas, me nace con insondable oportunidad una lectura obligatoria enfocada en los años veinte del siglo pasado sobre el puerto de Veracruz, una obra de las que conjugan correctamente el afecto personal con el rigor historiográfico.

A la par de los autores aludidos –Fernand Braudel, Olivier Lissagaray, Antonio García de León y Carlos Martínez Assad; aquellos franceses, estos compatriotas suyos de más fama y edad pero ahora de igual tamaño y peso–, Arturo E. García Niño aporta la búsqueda del “alma melancólica en conserva” y su encuentro luminoso con una identidad imaginada.

Aporta *Una vida porteña acompañada por olas rojinegras. Paros y huelgas en la ciudad de Veracruz durante la tercera década del siglo XX* (Universidad Veracruzana, Xalapa, 2024), prodigio que subraya y esclarece el *valor identitario* del amado puerto jarocho.

Por buscar y hallar, por centrarse y ahondar, por recobrar la génesis y el desarrollo de una identidad inefable, este libro se me inscribe en la gran historia universal, humana... Sólo para ejemplificar sus aportaciones, menciono sus tensiones entre el deseo y las exigencias de la disciplina académica, entre las pulsiones transgresoras del sujeto creador y las determinaciones del objeto torturado por el intento de imaginar el *todo real*: tensiones, todas, que fuerzan el análisis profundo, extenso e intenso, de aquella memorable erupción veracruzana en los años veinte del siglo XX.

Quizá baste releer las supercherías de “lo mexicano” para comprobar que el Veracruz de ayer y hoy resulta, en lo identitario, tan local y nuclear como debió ser el Mediterráneo del XVII para quienes habitaron desde Fez hasta Estambul, o como el París de la Comuna lo sigue siendo para los comunistas –utópicos o no– y tan distinguible como las multi-formes Chiapas de Rosario Castellanos o como las fronteras tabasqueñas de Carlos Pellicer. Mas lo que aquí quiero resaltar es la honestidad intelectual con la que García Niño incluye a sus informantes orales. Porque tal información refrenda un propósito de doctor en historia y a la vez valora y exalta *todas las fuentes de información*. No es casual, entonces, que la memoria íntima del informante –que ni es ni pretende ser propietario de la última versión– fluya en todo su esplendor, contenida e incontenible, con espontaneidad y emoción y verosimilitud, fincada en y afincada por la solidez teórica del autor.

Menos aún será causal que, quien en ese Golfo de México se sumerja y en esas playas ande, goce una experiencia alucinante antes de –eso sí– pasar la meticulosa aduana que el autor se impone e impone a quien lo lea cuando sintética y explique la hondura de su obra... Conforme avance en la lectura, quien lea disfrutará, al *compás* de los máximos y mínimos sonidos y sentidos, en un mismo plano –en triple dimensión digamos–, el cada día de vida de una ciudad porteña y de todos sus casi cada cuales variopintos habitantes, los *jacarandosos haceres políticos y económicos del Veracruz de entre 1921 y 1930*, década “asediada, sí, pero no agotada”, recuperada ahora a plenitud, en sus ideas e ideologías, en sus movimientos y movidas: en lo más importante de la vida.

–Llegué al puerto de Veracruz de los años veinte a través de las sobremesas familiares y de las escuchas accidentales en la infancia y voluntariamente atentas en la pubertad, de las pláticas paternales con amigos y compañeros de trabajo de mis padres, al vapor y fuerte aroma del café hecho en casa... –platica el autor, al narrar que *la semilla de esta obra fue sembrada en 1923* ●



◀ Margarita Valencia Triana.

Biblioteca fantasma/ Evelina Gil

Una “novela triturada”

MEJOR CONOCIDA como Sayak Valencia, Margarita Valencia Triana (Tijuana, 1980), poeta, filósofa, ensayista, teórica del feminismo y artista del *performance*, logró lo que parecería imposible o, cuando menos, con un elevadísimo riesgo de fallo: reunir en un solo libro todas sus especialidades. El resultado: *Adrift's Book (Índigo)* (U-Tópicas, México, 2024) una de las obras más rupturistas y desconcertantes que he tenido el gusto de leer. No es fácil ingresar en este, llamémosle, metaverso donde, además, se implanta el *noir*, acto poco menos que suicida. Antes de *Adrift's Book* he leído dos experimentos sumamente interesantes en ese tenor: *Retrato de un desconocido*, de Natalie Sarraute (1964), donde lo problemático se centra en la imposibilidad del protagonista (un detective) de avanzar en su pesquisa debido a su contemplación de los personajes involucrados. La otra sería *La muerte me da*, de Cristina Rivera Garza, donde se plantea la existencia de un asesino serial de varones cuyos cuerpos aparecen castrados y acompañados de versos de Alejandra Pizarnik, y que es un original homenaje a la trágica autora argentina, además de una crítica social. En el caso que nos ocupa, la experimentación va más allá pues, a simple vista, estamos no ante una novela sino ante un extenso poema que, si bien funciona perfectamente en su vehemencia narrativa, cumple una función transgénica (más adelante retomaremos esta afirmación) al narrar una trama policíaca en la que un detective debe resolver el asesinato de una mujer, empresa en la que se sumerge asistido por la sospechosa más inmediata, así como por un coro de poetas entre los que destaca Gertrude Stein, tan escasamente traducida al español, acaso por la complejidad de su escritura que, irónicamente, sobrepasa la de autores de quienes fungió como mecenas (Ernest Hemingway y William Faulkner, entre otros). La poeta madrileña María Salgado se refiere a este libro como “novela triturada”, aunque, a diferencia

de las muy escasas referencias citadas en este tenor, el que nos ocupa es, además, un ensayo sobre la fluidez del género y un *performance* de *transtextualidad*.

Aunque la historia que plantea *Adrift's Book* no deja de ser interesante, hay agentes que capturan mucho más la atención, como serían el desarrollo de la misma y su calidad transformativa y performática. Como señala la poeta Sara Uribe en otro prólogo, esta escritura propone desentrañar las cicatrices de “la violencia de domesticar el género”, agregaría yo, mediante un estilismo casi quirúrgico, muy *ad hoc* con el propósito central. La domesticación se extiende con cazurrería hacia los géneros literarios que una abrumadora mayoría de estudiosos y críticos tienen por inmutables, tanto como el que se nos asigna al nacer mediante un criterio estrictamente biológico. Aventuraría que Sayak Valencia se rebela contra la coacción que restringe tanto la expresividad como la individualidad, y que lo hace desde un radicalismo muy difícil de refutar, como si esta escritura comportara la premisa de abrir heridas por donde se filtre la rebelión. Empezando por la primigenia, plena en redondeces y despojada de aristas.

Prefiero no revelar detalles sobre el personaje de El detective, ni las mujeres que lo acompañan ni la evolución de su caso, aunque adelanto que él no es lo que parece ser y, eventualmente, ha de confrontar a la muchacha que alguna vez fue: “El Detective nunca supo ser una mujer, No tiene/infancia. Ni cartas de amor bajo la cama.” Nada es lo que parece en este contradictorio universo cimentado sobre una poética totalitaria. La también autora del ensayo *Capitalismo Gore* (2010) publicó originalmente este libro en 2012, pero es como si lo escribiera apenas ayer, cuando el presidente del país más poderoso del mundo ha decretado, delirante, que sólo existen dos géneros. Y todo aquello que quiere ser borrado encuentra espacio y nombre en *Adrift's Book* que lo legitima con su innegable triunfo estético ●



Imagen
de Alonso
Arreola.

Bemol sostenido/ Alonso Arreola

@escribajista

40 acres y una mula

NOS PROMETIMOS limitar el contenido sobre música estadounidense, lectora, lector. ¿La razón? No creemos que sea el mejor momento para abrazar a un país liderado por individuos racistas, clasistas y desequilibrados; un país donde setenta y cinco millones de personas parecen olvidar la igualdad, la civilidad y el respeto. Así dejamos pasar los Grammy, algunos discos y conciertos notables como el ocurrido tras los incendios de Los Ángeles.

Esas mismas razones para el silencio, sin embargo, nos exigen mirar a quienes sufren y enfrentan al sistema, viviéndolo en carne propia. Hablamos de otros setenta millones de votantes entre los que se cuentan youtubers como Brian Taylor Cohen, Ben Meidas o David Pakman; actores como Robert De Niro y Samuel L. Jackson; músicos como Tom Morello (Rage Against The Machine), Lady Gaga y quien hoy nos lleva a romper la promesa: Kendrick Lamar.

No nos soslayamos, desde luego, a quienes más resienten las políticas en turno. Paisanos y migrantes variopintos perseguidos en la base de una pirámide absurda. Pero este día queremos señalar a la comunidad negra que, con excepciones como la del estulto Kanye West, celebra en este febrero el mes de su cultura.

No nos interesa el pleito que Lamar sostiene con el rapero canadiense Drake, por cierto. Ese *beef* (“enfrentamiento”) nos tiene sin cuidado, aunque sea el origen del temazo “Not Like Us”. Lo que sí nos motiva, fíjese usted, es la significativa presentación que sucediera en el Medio Tiempo del Súper Bowl. Búsquela.

Teniendo en el estadio al propio y aplaudido Donald Trump, Kendrick Lamar transformó la cancha en barrio para parafrasear a la leyenda del hip hop Gil Scott Heron (“la revolución será televisada; escogieron el mejor momento pero al hombre equivocado”) y, a partir de allí, con el soporte de un Samuel L. Jackson vestido de Tío Sam negro, apropiarse de la bandera y burlarse de quienes ven al fútbol americano como símbolo nacional.

“Cuarenta acres y una mula”, disparó Kendrick en otra sonada frase. Una promesa incumplida por el gobierno que durante la abolición “liberaba” esclavos dándoles la espalda. Un recordatorio para ese gobierno que los somete con límites policíacos, educativos y de vivienda. “Soy negro y debo responder a ello, en privado o en el escenario”, dijo Lamar en una entrevista posterior.

Nos falta conocer gran parte de su carrera (aunque ya hemos dedicado líneas al Pulitzer que ganara), pero aplaudimos su talento con el micrófono, la rima, y programaciones poderosas, bienvenidos cuando más necesitamos de inteligencias comparadas. Ello nos lleva a nuestra propia tierra.

Justo pasamos el Día Internacional de la Lengua Materna, celebrado cada 21 de febrero desde 1999 por la UNESCO. Un nombramiento que busca preservar los idiomas del mundo, visibilizar las culturas indígenas y valorar la diversidad, amenazada cuando cada dos semanas desaparece una lengua.

En 2019, además, la ONU proclamó el Año Internacional de las Lenguas Indígenas. En México, por ejemplo, se impulsaron acciones como el “Congreso Nacional del Tu’un Savi”, que fomenta el plurilingüismo y la diversidad idiomática.

En fin. Aún estamos lejos, en México y Estados Unidos, de conseguir paridad racial. Pero hay que perseverar. Eso aunque, como expusieran violentamente Childish Gambino y Residente: “This is (Not) America”. Buen domingo. Buena semana. Buenos sonidos ●

Cinexcusas/ Luis Tovar @luistovars Tongolele nunca muere

Doña Yolanda:

IRREMEDIABLEMENTE SE me va a escapar más de un “Tongolele”, pero al menos para comenzar estas líneas quiero llamarle así, “Doña Yolanda”, para de ese modo dar testimonio del respeto y la enorme admiración que usted siempre me ha provocado.

Hace ocho días se dio a conocer la noticia de su fallecimiento. Le confieso que me costó aceptarlo porque siempre me dio la impresión de ser eterna y, aunque ya llevaba muchos años retirada de sus actividades profesionales, el recuerdo de su imagen jamás perdió un ápice. Le aseguro que no lo digo para quedar bien con usted: quiso la casualidad que ese mismo domingo volviese a ver, por enésima ocasión, *El rey del barrio* (Gilberto Martínez Solares, 1949), así que una vez más tuve el placer de verla a usted haciendo lo que nadie más sabía entonces, ni supo después, hacer con tanta maestría: esa capacidad de combinar, en una serie hipnotizante de movimientos, el erotismo y la belleza, la sensualidad y la gracia, la feminidad y el misterio... tanto daba si junto a usted estuviera Tin Tan, algún otro actor, más o menos célebre, o nadie: *Mátenme porque me muero* (1951), *El amor no es ciego* (1952), *Sí, mi vida* (1953) y muchas películas más, tuvieron el acierto de incluirla a usted en algún momento de la trama. Es cierto que su presencia a cuadro, bailando como-sólo-usted-podía-bailar, no solía estar vinculada con la mencionada trama, y lo que solía suceder era que el argumentista hacía que el o los protagonistas en algún momento acudiesen a un centro nocturno, pista de baile o cualquier otro sitio *ad hoc*, donde se presentaba el espectáculo que la tenía a usted como figura central; es cierto también que en más de una ocasión usted no tuvo ni siquiera un parlamento; así era pero, la mera verdad, ¿a quién le importa si, como de hecho sucede y nadie podría negarlo, esas películas no serían las mismas si usted no hubiese aparecido en ellas? Ya hubieran querido muchos, y quizá sobre todo muchas, tener la expresividad suya, a la que no le hacían falta las palabras. Es más, ya hubieran querido que su impronta fuese como la de usted, tan notable que en la mayoría de los filmes no hacía falta darle la identidad ficticia que conlleva el nombre de un personaje. Nada de eso, y por supuesto que no son las únicas películas, pero por ejemplo en *Las mujeres panteras* (1967), *Las noches del Blanquita* (1981) y *El fantástico mundo de Juan Orol* (2012), usted y el personaje que interpreta son una y la misma: Tongolele, palabra que en sí es todo un enigma, con la que comenzara su carrera de bailarina profesional en México, nada menos que en el mismísimo salón Tívoli, en 1947 cuando



Tongolele en 1955.

apenas contaba quince años de edad. Desde entonces, pero sobre todo a partir de su incursión cinematográfica, “Tongolele” –es decir usted, es decir su mítico mechón blanco, es decir la cadencia de sus caderas, es decir el pasmo provocado por su cintura, es decir sus muslos interminables, es decir sus pies asombrosos, siempre descalzos–, “Tongolele”, significó y significa, sin que le falte una sola de las posibles variantes que a partir de usted se multiplicaron en la pantalla grande, vedette, exótica, rumbera... antes y después de todo bailarina, no una entre las muchas sino incontestablemente la mejor.

Hay por lo menos dos libros que se hacen eco de su mito, Doña Yolanda: la novela de sarcástico título *Tongolele no sabía bailar*, de Sergio Ramos, y el biográfico de Arturo García con prólogo de Carlos Monsiváis, *No han matado a Tongolele*. Este último, como usted y todos sabemos, alude al título del filme cuasihomónimo *Han matado a Tongolele*, de 1948, dirigido nada menos que por Roberto Gavaldón, con cuyo recuerdo quisiera cerrar estas líneas de mínima pleitesía: ahí está usted, a punto de una prematura jubilación para casarse –cosa que afortunadamente en la vida real no sucedió tan temprano–, pero sobre todo está ese mundo al cual usted le dio identidad: el de un México nocturno ya ido pero, como usted misma, inmortal en la memoria histórica ●

Abraham Truxillo

Bestiario marino

Erizo

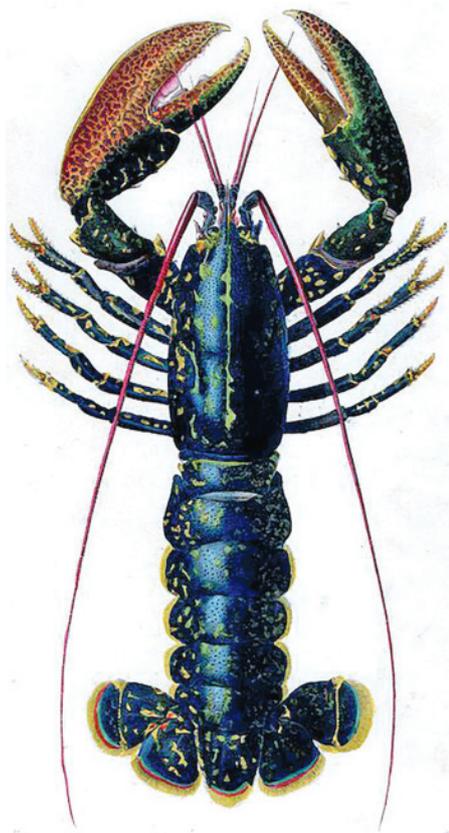
Biznaga semoviente del océano, animal cuasi planta: el erizo no entiende de razones y siempre está a la defensiva. La estrategia es de sobra conocida en la tierra y en todos los reinos, a lo largo del collar del bulterrier y del brazalete punk. El erizo se acoraza puntiagudo, vive encerrado en su propio miedo, amenazado de sus púas imaginarias como un condenado en la doncella de hierro. Para su desgracia, en las playas los niños aprenden a desprenderlo fácilmente de su roca con espátulas improvisadas y a ponerlo de cabeza: no hay nada más penoso que ver a un erizo vuelto abajo. Por el envés carece de coraza; es blando y comestible. Mueve sus espinas descontrolado, como manos de bebé, tratando de fijarse nuevamente a una piedra mientras los peces de colores se acercan a disfrutar de un banquete fácil.

Pez vela

Algo tiene, que la gente quiere colgarlo en la pared de la marisquería o del club náutico. Imagino que es la elegancia de su perfil, la belleza de esa aleta dorsal azul metálico que aguza su figura en una boca de florete, por la que, como bien se sabe, muere. Más que un bergantín, parece un torpedo que embiste a treinta metros por segundo, récord que lo vuelve un medallista indiscutible de los podios y nos revela su vocación de trofeo. Sin que el pez vela lo sepa, su destino está hermando al del alce, cuya cabeza cornada ornamenta la cabaña del cazador septentrional. En ocasiones ambas presas coinciden y se miran a los ojos en el taller de un taxidermista.

Caballito de mar

México tiene la forma de un caballito de mar. Baja California es la trompa y la cola prensil, Yucatán. El vientre, en el que el hipocampo macho, insólito varón gestante, incuba a sus hijos, está delineado por la costa del Pacífico sur. El cuidado y la ternura con que los cría



acaso lo llamen a ser símbolo de algo, de una nueva “caballerosidad de mar”. El hipocampo en posición fetal semeja un signo de interrogación que se abre y nos responde enseguida, convertido en vírgula de la palabra sobre el código azul del océano.

Nautilo

Si como nos enseña Fibonacci, belleza es igual a matemáticas, ¿qué nos revela la forma del nautilo? Su anatomía, al igual que la de la estrella y la caracola, supone un arquetipo que pervive en los fósiles de más de quinientos millones de años. Infinitos máximos que se expanden o infinitos mínimos que se contraen: su espiral nos devuelve al océano de una galaxia primigenia. ¿Cuál será su mensaje último? ¿Qué ocultan sus proporciones áureas? ¿Quisiéramos saberlo? ¿Acaso es posible desenrollar un caracol sin destrozarlo?

Langosta

Las hay de dos familias: las palinúridas tienen largas antenas, son anaranjadas y espinadas; las nefrópidas poseen tenazas amenazantes, son pardas y están moteadas de gris (primas lejanas de escorpiones y alacranes). Lord Byron las consideraba un manjar eminentemente femenino como el champán. La más famosa de todas, por supuesto, fue Teobaldo, la excéntrica mascota del poeta romántico Gerard de Nerval, quien solía pasearla por el *Palais Royal* de París atada a un listón azul. Semejante comportamiento terminaría de convencer a las autoridades parisinas de enviarlo al asilo del Dr. Dubois. La suya habría sido una palinúrida, a la que salvó de la sartén de un pescador durante un viaje a La Rochelle. Por su amigo el poeta y utopista Théophile Gautier, sabemos que Nerval las prefería a otros animales: “son criaturas serias y pacíficas”, le confesó una vez, “conocen los secretos del mar y no ladran”.

N. de la R.: Por un lamentable error, en la pasada entrega (núm. 1563), el crédito de algunas fotografías de “El zapatismo hace 30 años” fue adjudicado a Ángeles Torreón; debe ser Angeles Torrejón. Ofrecemos una disculpa a nuestra compañera y a los lectores.